

Serie: En verdad y amor - Las cartas de Juan

Parte 16 – 1ª de Juan 5:13-21

I. Introducción

- a. Hemos estado estudiando la 1ª carta de Juan, en nuestra serie de las tres epístolas del apóstol
 - i. Estas cartas fueron escritas porque había un problema de falsa doctrina influyendo las iglesias que el apóstol supervisaba, y que había degenerado en división
 - ii. Esta situación había traído mucha confusión a los hermanos, quienes, al compararse con estos herejes “super espirituales”, comenzaron a cuestionar su estatus delante de Dios: “¿Por qué mi experiencia cristiana cotidiana dista tanto de la que ellos dicen tener? ¿Estaré yo mal delante de Dios? ¿Soy realmente salvo?”
- b. Por ello el apóstol dedicó esta carta a dos asuntos primordiales: (1) a combatir las falsas enseñanzas, y (2) a reafirmar la fe de los miembros de la congregación
- c. Juan cierra la epístola reafirmando su propósito inicial al escribir la carta:
 - i. Que los hermanos confundidos y atribulados de la congregación por causa de las falsas doctrinas y las divisiones sepan con absoluta certeza su estatus y lugar en el Reino
 - ii. En un pasaje final, un poco confuso y aparentemente desconectado, el apóstol quiere impactar el corazón de sus hermanos con la seguridad y firmeza de su salvación, mientras les lanza un reto a cuidar esa salvación “con temor y temblor”

II. Para que sepan

- a. “¹³ Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. ¹⁴ Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. ¹⁵ Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. ¹⁶ Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. ¹⁷ Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. ¹⁸ Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. ¹⁹ Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. ²⁰ Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. ²¹ Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén” (1 Juan 5:13-21)
- b. “¹³ Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”
 - i. La razón de Juan escribir esta carta era para reafirmar la verdad de que todo aquel que ha creído en el Hijo de Dios (que ha puesto su confianza en Jesucristo para la salvación del alma), tiene la vida eterna garantizada en Cristo. ¡Si has entregado tu vida al Rey Soberano, eres salvo y vives para siempre!
 - ii. Juan quiere que creas y sepas lo que eres y lo que tienes, y eso te anime a vivir el presente en santidad y a mirar con confianza el futuro. Y este motivo de “saber” (de plena seguridad) domina esta parte final de la carta
- c. ¿Qué beneficio trae a mi vida presente esta verdad? Que ahora soy un hijo de Dios y disfruto una relación activa con Él, que solo pueden tener los que han creído en el Hijo de Dios. ¿Cómo se manifiesta esa relación activa en la práctica?
 - i. “¹⁴ Y esta es la confianza que tenemos en él, que, si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. ¹⁵ Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”
 - ii. De todas las practicas y disciplinas espirituales, de todos los beneficios de ser un hijo de Dios, el supremo privilegio de este lado de la eternidad es la oración
 - iii. En las relaciones interpersonales, nadie tiene mayor acceso a una persona con privilegio y poder, que sus hijos. Ellos pueden llegar y pedir sin necesitar citas ni arreglos especiales. Ellos tienen la confianza para pedir, y el padre tiene la prerrogativa de dar

- iv. Dios nunca hará algo fuera de su voluntad, ni su brazo será torcido para hacer algo que no quiere hacer. La oración es ese espacio de interacción con nuestro Padre, donde vamos ganando conocimiento y gracia para saber lo que a Él le agrada, de tal manera que nuestras peticiones se van elevando al cielo, y Dios las concede o niega, de acuerdo con su voluntad perfecta. Mientras más oramos y buscamos su rostro, más aprenderemos acerca de su voluntad, y cada vez oraremos más certeramente, y recibiremos respuesta a ella.
- d. Ahora Juan aplica este principio al caso de los hermanos de la congregación que habían apostatado de la fe, dividiendo la congregación y siguiendo a los falsos maestros en sus desvaríos
 - i. “¹⁶ Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. ¹⁷ Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte”
 - ii. Es posible que los hermanos de la congregación estuvieran muy dolidos por la situación de división que habían pasado: es gente que aman, posiblemente hasta familiares cercanos, que ahora no se hablan, y se miran con indiferencia y contención. Los hermanos entonces están pidiendo a Dios por la vuelta a casa de aquellos que se fueron enredados en herejías y apostasías
 - iii. ¿Qué les dice Juan? Una grave advertencia tanto para los que se fueron como los que se quedaron: tenemos que interceder y rogar por la salud espiritual de nuestros hermanos. Pero cada uno es responsable de su vida espiritual. Una cosa es pecar inadvertidamente, por omisión, y otra es rechazar a Dios y su verdad con conciencia
 - 1. Por la vida de santidad y pureza de los creyentes, tenemos que pedir cada día, para que el Espíritu nos redarguya de pecado, y seamos limpios. ¿Intercedemos diariamente por la santidad de nuestros hermanos en la fe?
 - 2. Pero nos dice Juan que, si alguno ha decidido en conciencia rechazar al Hijo de Dios, desobedecer los mandatos de Dios, o no amar a los hermanos y las almas, está peligrosamente expuesto a la muerte eterna. Y llega el momento que orar por ellos es inefectivo, porque la voluntad de Dios (¡no su deseo!) es que aquel que lo rechaza se pierda para siempre.
 - 3. ¡Cuidemos nuestra salvación con temor y temblor!
- e. Juan entonces concluye su carta con tres afirmaciones acerca de nuestra salvación, “para que sepamos”:
 - i. “¹⁸ Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. ¹⁹ Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. ²⁰ Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna”
 - ii. Juan quiere que nos miremos y tengamos certeza de nuestra salvación:
 - 1. Ya no practicamos el pecado, sino que vivimos una vida de santidad progresiva, luchando contra él con el poder de Dios
 - 2. ¡Esto es exactamente lo que nos diferencia del mundo!
 - 3. ¿Cómo fuimos separados del mundo? Porque creímos en el mensaje que trajo el Hijo de Dios, aquel que nos dio la vida eterna

III. Conclusión

- a. Juan quiere que sepamos, que no dudemos, que nos afiancemos en la fe, que afirmemos lo que hemos creído y vivamos acorde a esa fe, en confianza acercándonos a Dios, cumpliendo sus mandamientos, amando a los hermanos y amando las almas. Y de manera algo extraña, Juan cierra la carta con una advertencia puntual y escueta: “²¹ **Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén**”.
- b. ¿Qué quiere decir? “Miren todo el desastre y el dolor que hemos vivido por causa de las falsas doctrinas. Hijitos, ¡guárdense de las percepciones erróneas de Dios y de su Cristo para que esto no vuelva a ocurrir!” ¡Que así nos ayude Dios!